

había de pasar por allí. Llegado que hubo Jesús á aquel lugar, alzando los ojos le vió y díjole: «Zaqueo, baja luego, porque es menester que me hospede hoy en tu casa.» El bajó á toda prisa, y le recibió gozoso. Todo el mundo al ver esto murmuraba diciendo que se había ido á hospedar en casa de un hombre de mala vida. Mas Zaqueo, puesto en presencia del Señor, le dijo: «Señor, la mitad de cuanto tengo doy á los pobres; y si en algo he defraudado á alguno, le vuelvo cuatro tantos más.» Y Jesús le dijo: «Ciertamente que el día de hoy ha sido día de salvación para esta casa; porque él también es hijo de Abraham.» El Hijo del hombre ha venido á buscar, y á salvar lo que había perecido.

Sabemos por San Gerónimo que en su tiempo existía aún el árbol y una iglesia levantada en el solar que ocupó la casa del público.

Fué Jericó la capital de una de las once toparquías de Judea, y Gabinio estableció en ella un convento jurídico. Al ocurrir el gran levantamiento, la guarnición romana de Cypros fué pasada á cuchillo, y cuando derrotado Cestio, los judíos se apresuraron á organizar el territorio; Josefo, hijo de Simón, fué enviado como gobernador á Jericó. Después de someter Trajano el territorio de la otra parte del Jordán, juntóse con Vespasiano en Jericó; esta ciudad, en otro tiempo tan famosa, hallábase punto menos que despoblada, y los pocos habitantes que entonces contaba huyeron á los montes pereciendo los más que se quedaron; pues, á lo que refiere Eusebio, al partir para Jerusalén dejó Vespasiano guarnición en Jericó, pero la perfidia de sus moradores fué causa de que la mayor parte fuesen pasados á cuchillo y la ciudad por completo destruída. Esto aconteció setenta años después de Jesucristo.

Fué reedificada por Adriano, y en tiempo de San Eusebio y San Gerónimo, Jericó era otra ciudad en floreciente estado, si bien en distinto lugar que la anterior, á unos tres kilómetros de la Fuente de Eliseo, ocupando el sitio donde está hoy la miserable aldea de Er-Riho. El emperador Justiniano mandó edificar un templo dedicado á la Madre de Dios y una casa para los peregrinos. Desde 325 hasta 536 tuvo varios obispos, muchos de cuyos nombres constan en las actas de los concilios. En tiempo de las Cruzadas, el obispo de Jericó era sufragáneo del patriarca de Jerusalén, habiéndolo sido también de Cesárea marítima. Contábanse además en ella tres monasterios de Carmelitas, Basilios y Benedictinos, y las rentas de la huerta fueron aplicadas al Santo Sepulcro. Esta antigua mansión de los reyes había sido cedida á Cleopatra por Antonio. En la Edad Media la reina Melisenda, viuda del rey Fulco de Anjou, la donó como una rica hacienda á la abadía de Bethania fundada por la misma en el año de 1177. Expuesta por todos lados

á las invasiones, esta ciudad del desierto fué una de las primeras que cayeron en poder de los infieles: desde entonces hubo de ir siempre en aumento la decadencia de Jericó aunque por relatos de varios peregrinos sábese que, debido á la fertilidad de su suelo, sus celebradas huertas y jardines conservaron largo tiempo su agradable aspecto, siendo considerados como un pequeño paraíso. En el día los vergeles de Er-Riha distan mucho de merecer elogio semejante, si bien hay en ellos algunas plantaciones. «La pequeña ciudad de Jericó de los árabes, escribe Michaud, está rodeada de sicomoros, de plantas de las cuales se recoje el bálsamo, y de nópalos espinosos que sirven de vallado á los campos y jardines; algunos trechos de tierra están sembrados de cebada y de trigo, y no se ve una sola palmera en los lugares donde se elevaba la población á la cual dió Moisés el nombre de ciudad de las palmas. Jericó ha perdido también sus rosas que han dado lugar á tan maravillosas narraciones, pero en cambio se encuentran tres clases de árboles frutales que en vano se buscarán en otras partes, entre ellos una especie de ciruelo. La mayor parte de los rosarios que se venden en Jerusalén son hechos con huesos de sus frutas, las cuales además dan un aceite vulnerario sobremanera apreciado en el país.» En más pocas palabras Chateaubriand nos da idéntica idea. «No hay en Jericó, dice, palmeras, ni rosas y no he podido comer los *nicolai* de Augusto; estos dátiles estaban muy degenerados en tiempo de Belón. Una añosa acacia cubre el manantial (el de la Fuente de Eliseo); otro árbol se inclina un poco más sobre el arroyo que sale de éste, y forma sobre el arroyo un puente natural.»

De la ciudad real, de la opulenta Jericó sólo restan unas cuarenta chozas fabricadas de tierra y ramaje, donde moran trescientos árabes que parecen mendigos, entre los cuales mantiene el orden tres ó cuatro *bachibuzus* que habitan las ruinas de un castillo próximo. Una sola casa se ve de aspecto decente, en la cual ondea algunos días una bandera, y es hospedería de los griegos cismáticos. Cultivan aquellas pobres gentes algunos campos situados al norte de la aldea, á lo largo del arroyo formado por la Fuente de Eliseo. Circuye sus cabañas un seto de arbustos espinosos con que se preservan de los leopardos y otras fieras. Tales son actualmente los parapetos de Jericó. Todo ha desaparecido, la maldición de Dios pesa sobre ella.

Por ella son muy raros los transeuntes; una vez al año, el lunes de Pascua, los peregrinos griegos que se dirigen á Jerusalén para las funciones de Semana Santa, efectúan juntos una correría al Jordán y paran en Jericó en número de muchos millares, con una escolta de tres

ó cuatrocientos hombres que el Bajá de Jerusalén les proporciona, formando lo que se llama la gran caravana.

Al extremo del desierto que hemos contemplado en nuestra excursión al Jordán, llégase á la base de un monte escarpado y altísimo llamado *Monte de la Cuarentena*, porque en ella Nuestro Señor Jesucristo ayunó é hizo penitencia cuarenta días y cuarenta noches. Antes de llegar á la montaña se encuentra un vallejo que podría ser uno de los retiros más deleitosos del mundo. En otro tiempo existía en él una fuente, pues numerosos árboles y plantas confirman la existencia de una humedad que los vivifica, y encuéntranse todavía restos de un acueducto y otras ruinas llamadas por los árabes *Tanahin-es-Succave* (molinos de azúcar). El edificio, construido con piedras de regular dimensión, se levantaba en arcos ojivales, y si bien es posible que daten estas obras de época anterior á la llegada de los cruzados á Palestina, siendo, por lo tanto, de origen musulmán, es cierto que de ningún modo pueden considerarse posteriores al tiempo de las Cruzadas, en el que nos consta que la caña de azúcar era cultivada de distintos puntos de Palestina, y en especial en la vega del Jordán. Siguiendo cuesta arriba pásase un canal por el que corre abundante caudal de agua procedente de la *Ain-ed-Euk*, por la cual eran movidos los molinos mencionados; allí estaría situado en remotos tiempos el castillo de *Dokh* donde Simón Macabeo fué asesinado en un festín por su yerno Ptolomeo, en cuyo adarve mandó éste azotar cruelmente á la madre y á las dos hermanas de Hircano, que le tenía sitiado. Pero el principal motivo de ser tenida en cuenta esta comarca consiste en habérsela siempre considerado como un lugar que Jesucristo al salir de las aguas del Jordán, santificó con su ayuno, y permitió que le tentase el espíritu del mal para enseñar á los hombres la manera de triunfar de las tentaciones que en este mundo los asaltan. Por esto es también llamado aquel sitio montaña de la Tentación; los árabes le dan el nombre de *Djebel-Kasantel*. Dice San Lucas que Jesús lleno del Espíritu Santo, se volvió del Jordán y fué llevado por el Espíritu al desierto. Allí estuvo cuarenta días y le tentaba el diablo. Nada comió en aquellos días y pasados éstos, sintió hambre. Por lo cual díjole el diablo: «Si eres Hijo de Dios, dí á esta piedra que se vuelva pan.» Contestóle Jesús: «Escrito está que no de sólo pan vive el hombre, más de toda palabra de Dios.»

La cumbre de la montaña está á unos quinientos metros sobre el nivel de la vega. Es necesario saber lo que es esta montaña para llegar á comprender el valor del que la sube. La subida no dura, es verdad, sino como una hora; pero es preciso hacerla sobre la roca viva cortada

éasi á pico; y sólo á fuerza de brazos pueden conseguir los más fuertes que los débiles no caigan rodando por vertiginosas pendientes. Escasos en número son los viajeros que llegan á la cumbre; de nuestra época citanse dos, suizo uno y austriaco el otro, que han llevado hasta el fin la peligrosa subida.

En las laderas hasta considerable altura del monte ábrense numerosas cuevas, naturales unas y artificiales otras, en las que, desde los primeros siglos de la Iglesia, gran multitud de anacoretas continuaron el prolongado ayuno del Salvador y se esforzaron por medio de un completo desprendimiento de las cosas del mundo en llegar á la perfección evangélica. Dicese que San Caritón y San Elpidio moraron allí, y cuentan por allí que algunos solitarios griegos cismáticos hacen vida austérisima.

La gruta en donde Jesús se retiró, después de recibir el bautismo de manos de San Juan, para prepararse mediante el ayuno y la oración á la misión divina que le trajo al mundo, fué convertida en capilla por Santa Elena, devorada de amor hacia todos los lugares santificados por la presencia de nuestro Salvador. Las paredes estaban adornadas con pinturas que en tiempo de Quaresmio aun no habían desaparecido por completo. Dos siglos atrás se celebraba en este lugar el Santo Sacrificio de la Misa, y cuando no, cantábase el Evangelio: *Tunc Jesus ductus est in desertum ut tentaretur á diabolo*. Hoy sirve de oratorio á los griegos, que han fundado á su lado, aun hace pocos años, un pequeño convento, en donde viven á manera de solitarios.

En la cima del monte yacen las ruinas de una capilla que se edificó en aquel sitio por creerse que en él fué tentado por tercera vez el Señor y desde donde le mostró Satanás todos los reinos del mundo. «Y le llevó el diablo á un monte elevado, y le mostró todos los reinos de la redondez de la tierra en un momento de tiempo.

»Y le dijo: Te daré todo este poder y la gloria de ellos; porque á mí se han dado y los doy á quien quiero.

»Por tanto si postrado me adorares, serán todos tuyos.

»Y respondiendo Jesús le dijo: «Escrito está: á tu Señor Dios adorarás y á él solo servirás.» Un monje encontró en dicho punto un cuadro que representaba á Jesús con el demonio á sus pies.

En cuanto á las desoladas tierras que desde aquel lugar se observan, es cierto que no podrían en manera alguna despertar la codicia ni ejercer el menor prestigio sobre la imaginación; pero sin embargo, se goza de una vista espléndida. Por un lado recreáanse las miradas en las vastas llanuras de Jericó, siguen las sinuosidades del Jor-